Vicente Gerbasi ha dado una lección de sencillez

El más reciente libro del mayor poeta vivo venezolano, nos devuelve a una poesía cuasi franciscana en su familiaridad con los seres y los escenarios donde se detiene

El Diario de Caracas, Domingo 5 de marzo de 1989

JULIO E. MIRANDA

Un día muy distante
Vicente Gerbasi
Monte Avila Editores
Caracas, 1988

Vicente Gerbasi es nuestro poeta contemporáneo sobre el que se han escrito más cantidad de páginas: "Telúrico" es el adjetivo clave, reiterado hasta el desgaste pero no por ello menos cierto. Con sus **Ensayos sobre Vicente Gerbasi** (Fundarte, Caracas, 1985) había que agradecerle a Ludovico Silva el abordaje por otras vías de quien muchos consideran el mayor poeta vivo venezolano y todos coinciden en su grandeza. La modernidad, lo sistemático-arquitectónico, lo prosódico, lo expresionista eran para Ludovico algunos de los rasgos definitorios de la obra gerbasiana, añadiendo una intuición central: Gerbasi "realiza una proeza que ningún otro poeta venezolano ha realizado con igual maestría: aplicar el esquematismo mental europeo a la descripción del trópico, sin que éste pierda nada de su grandiosidad salvaje y multiforme, pero logrando infiltrar en él, en la savia de sus grandes hojas (pintadas, se diría, por Rousseau, el Aduanero) muchas gotas de reflexión filosófica universal" (p.45).

Lo del Aduanero viene muy bien a cuento para los 28 "cromos" que componen **Un día muy distante**, ilustrado por Laura Liberatore con dibujos que parecen subrayar "lo infantil" de sus versos. Como no tenemos, en castellano, dos palabras distintas para referirnos –cual sí puede hacerse en francés– a "lo infantil" en cuanto bobo, insuficiente, regresivo y, por otra parte, en cuanto legítimamente perteneciente a la infancia, aclaro que es en este último sentido que lo aplico a los versos de Gerbasi.

Lección de sencillez, picardía acaso del viejo sabio que pone en primer plano, cual si lo empujara discretamente para que sea él quien hable, al niño no redivivo sino permanente, estas voces de **Un día muy distante** remiten, en realidad, al Gerbasi de siempre. ¿Están, al cabo, tan distantes o expresan otra cosa que cuando decía, en versos amplios: "Comprendí que el mundo todo era un secreto: /un maravilloso y doloroso secreto" (en **Bosque doliente**, 1940) o: "Cuando siento mis pasos en la tierra, /y cuando digo: tierra /y sé que estoy aquí, iluminándome, /amándola y oyendo su mandato, que es el existir" (en **Mi padre el inmigrante**, 1945)? Podría extenderse la búsqueda de ecos, de resonancias, entre la obra anterior y estos últimos poemas brevísimos, dedicados a registrar casi japonesamente –por aquello del haikú– el brillo del rocío en la telaraña, el parpadeo de una luciérnaga, los ojos de los peces, el sabor del chocolate y los miedos del niño, la lluvia sobre los techos, etc.

Cierto que la misma sencillez entraña algún peligro y poemas como "Fotografía", "Vitral", o "Agonía" nos resultan demasiado elementales. Pero el reto de una poesía mínima, cuasi franciscana en su familiaridad con los seres y capaz de gustarle no sólo al niño que pueda cualquiera llevar por dentro, sino al efectivo niño real que eventualmente la lea –y sería fácil hacer la prueba– está más que cumplido y victoriosamente superado en este pequeño hermoso libro.